

Carlos, pero sea porque aquel no pudiera inculcar la idea del crimen á todo el Parlamento, sea porque esta corporacion conservara en masa su integridad, ó sea por cualquiera otro motivo, la ejecucion del proyecto se ha labado suspendida. Mas así que la cámara de los Comunes quedó reducida á un pequeño número

Padre á todos los hijos electos, ó bien Epístola á las muy justas congregaciones reunidas en la luz y adoradores del Padre en espíritu y verdad. «*A few words of tender counsel unto the Pope, with all that walk that way.*» Tiernos consejos al papa y á todos los que siguen su camino. «*An alarm to all flesh with an invitacion to the true secker.*» Alarma á la carne con una invitacion al verdadero indagador. Ahora daremos á conocer el estilo de esas producciones literarias.

»*Au alarm to all fleschi, etc.*

»*Howle, Howle, shriek, bawl and roar, ye lust-full, cursing, swearing, drunken, lewd, superstitions, devilish, sensual, earthly inhabitant of the whole carth; bow down you most surly tree es, and lofty oaks; ye tall cedars and low shrubs, cry out aloud; hear, hear ye, proud wares, and boistrous seas; also listen ye uncircumsided, stiff-necked and mad-rajing bubbles who even hate to be reformed.*

»*In the name of the Lord God of gods, King of Kings, hear, hear, repent, repent foshwith, repent; for be as sure as the Lord liveth you shall feel... the irresistible and the mighty hand of the All Mighty... for behol, his inoak, Ismael and Diveses of this generation, roar and reel, yea shake and quake, lood upward and downward, and curse their leaders and their God which now is their lust, bellyes, superstitions and pleasures. Horror shall lay hold on their right, and terror shall seire upon their left; and every man's hands shall be upon his loyns shall be «who whils hew as any oods? And an unparalleled dart of amazement shall pierce quite through the liver of the champion, etc.»*

Ahullad, ahullad, gritad, rugid, rugid, ó vosotros libidinosos, malditos, blasfemos, borrachos, impuros, supersticiosos, diabólicos, sensuales habitantes terrestres de la tierra. Encorvaos, encorvaos, ó vosotros árboles muy altivos; vosotras, elevadas encinas, vosotros altos cedros y pequeños arbustos, gritad con todas vuestras fuerzas; oid, oid, olas orgullosas, y vosotros mares indómitos; óyeme escoria ruda, esteril, incircuncisa, que aborrece la reforma.

En nombre del Señor, Dios de los dioses, y Rey de los reyes, oid, oid, arrepentíos, arrepentíos, si, arrepentíos; pues tan cierto es que el Señor existe como vosotros sentireis la mano poderosa é irresistible del Omnipotente. Oh! Mirad! su espada invencible, brillante, é inevitable pende de su cintura... Entonces las encinas de Basham, de Ismael y de Diveses de esta generacion, ruciran con estertor; temblaran y crugiran, tendiendo la vista arriba y abajo y maldeciran á sus gefes, y á su Dios, que en la actualidad son sus placeres, su gula y sus supersticiones. El horror se apoderará de su diestra, y el terror de su izquierda. Cada cual pondrá el puño en sus caderas y exclamará: ¿Quién quiere enseñarnos el camino del bien?... y un increíble dardo de sorpresa atravesará de parte á parte el hígado del campeón, etc.»

Lo demás es del mismo género. Sensible es que el autor de tal escrito haya tenido la modestia de ocultar su nombre, pues no pertenece á un tal Jorge Fox que representa un gran papel en mi coleccion.

Concluiré esta nota por algunos versos de un jóven cuáquero: las bellas artes figuran en mi coleccion despues de los documentos de sana lógica.

Dear friend J. C., With true anfeigned lore
and thee salute.

La traduccion literal de dichos versos es como sigue: «Mi querido amigo Jesu-Cristo, yo te beso con un amor sin límites. Tócame, querido amigo, tócame como miembro unido estrechamente á todos en Jesu Cristo, que está sentado en las celestiales regiones. Allí yo no seré extranjero entre mis amigos: amo tiernamente, y lo confieso á las almas que en su destierro suspiran y gimen verdaderamente por la adopcion que redime sus pecados.»

Tales son los hombres que Butler ha pintado tan admirablemente, sobre todo en el segundo canto de la segunda parte de *Hudibras*, en donde traza con mano maestra un sucinto bosquejo de la revolucion de Cromwell. Los apasionados á la literatura no deben dejar de leer ese delicado pasaje demasiado largo, para que podamos presentarlo como una cita.

ro de malvados á merced del tirano, le fue muy fácil poner en accion la espantosa tragedia.

Nombraron un comité investigador de la conducta de S. M. Británica y en vista de su informe la cámara Baja procedió al nombramiento de un alto tribunal de justicia compuesto de ciento treinta y tres miembros para encausar á Carlos Estuardo, rey de Inglaterra como culpable de traicion para con el pueblo Cromwell e Ireton eran del número de los jueces, Cook desempeñaba el papel de fiscal y Bradshaw el de presidente.

El *bill* que dictaba estas disposiciones, fue desechado en la cámara de los Pares, pero los miembros de la cámara Baja determinaron que fuera puesto en ejecucion: dióse orden al coronel Harrison, hijo de un carnicero y demagogo el mas exaltado de Inglaterra, de traer á Londres á su soberano.

El tribunal fijó su residencia en Westminster. Carlos compareció en aquella caverna de la muerte rodeado de asesinos con sus cabellos encanecidos en el infortunio y la serenidad de la inocencia (1). Hacía ya diez y ocho meses que estaba acostumbrado á contemplar las engañosas escenas de la vida desde el fondo de una solitaria prision; nada esperaba de los hombres, y se presentó ante sus jueces con todo el esplendor de la desgracia. Difícil sería imaginar una conducta mas noble ni mas interesante. Revestido de toda la magnanimidad de un monarca, á la que se habia elevado desde su condicion de príncipe vulgar, se negó con dignidad á reconocer la competencia de aquel tribunal. Tres veces tuvo que comparecer ante sus verdugos y otras tantas desplegó el talento de un hombre superior, la inagostad de un rey, y la calma de un héroe. Vióse obligado á sufrir penalidades de diversas especies. Habia soldados que pedian á gritos su muerte, y le escupian en el rostro, en tanto que el pueblo se deshacia en llanto y le colmaba de bendiciones. Era demasiado grande el alma de Carlos para conmoverse por aquellas atroces injurias, pero al mismo tiempo tenia tambien la suficiente ternura para apreciar debidamente aquellos testimonios de amor por parte de su pueblo: no se quebranta el corazón de un desgraciado por ultrajes, sino por demostraciones de afecto.

Verificada la cuarta confrontacion, los jueces sen-

(1) Ciertamente es que Carlos no era del todo inocente; pero no era culpable de los delitos que le imputaban, y ademas estaba tambien fuera de duda la incompetencia del tribunal que se atrevia á condenarlo, segun lo demuestra el mismo autor de la *Defection of the Court*, y el de la historia de *Independency*. Los lectores que hayan fijado su atencion en las notas de este *Ensayo*, habrán observado que llevo mi imparcialidad hasta el punto de citar siempre que puedo dos autores contrarios.

No pueden sin embargo negarse que el Parlamento inglés, ó una comision de su seno, podia hacer valer al tratar de excusar su crimen, *precedentes* que la Convencion nacional no tuvo. Confusos en extremo son los límites que siempre han separado en la Gran Bretaña la aristocracia de la monarquia.

La omnipotencia parlamentaria es en la actualidad un dogma político en Inglaterra, y el Parlamento de esa nacion se ha creído mas de una vez autorizado á destronar y encausar á los reyes, como lo demuestra la historia de Ricardo II. Poco importa que el Parlamento hubiese sido juguete de la ambicion del duque de Lancaster en 1599, de Cromwell en 1640, ó de Guillermo en 1688, el Parlamento partía siempre del principio de estar autorizado para hacer lo que hacia.

Pero en la monarquia francesa ni aun esta excusa podia darse. Si el parlamento de Paris incoó el proceso de Enrique III en 1589, no fue sino cometiendo una monstruosa usurpacion que de ningún modo pudo crear un derecho. El Parlamento en tiempo de Cromwell podia llamarse heredero del de Ricardo II; mas á un cuando la Convencion hubiera tenido la pretension de llamarse sucesora de los Estados Generales, nunca habria podido tonar de estos su autoridad régida, pues nunca se abrogaron los Estados Generales el derecho de sentenciar á su soberano.

(N. ED.)

tenciaron á muerte á Carlos Estuardo por traidor, asesino, tirano y enemigo de la república, y le dieron tres dias de plazo para prepararse.

De todos los miembros de la familia real, no quedaban ya en Inglaterra mas que la princesa Isabel y el duque de Gloucester. Carlos obtuvo permiso de despedirse de este amable niño, que bajo la candida fisonomia de la inocencia, parecia albergar el corazón simpático de un hombre. Durante los tres dias, el intrépido monarca, durmió con sueño profundo entre el ruido de los obreros que levantaban el aparato del cadalso.

En 30 de enero de 1649 fue conducido el rey de Inglaterra al patíbulo construido en frente de su propio palacio, refinamiento de barbarie que los regicidas franceses tuvieron tambien muy presente. Procuraron rodear con una compacta masa de soldados el lugar de la ejecucion por temor de que los clamores de la victima no llegaran á oídos del pueblo, que á lo lejos y lleno de abatimiento presenciaba la terrible catástrofe. Carlos, conociendo que era inútil esforzar la voz, quiso por lo menos dejar á la posteridad una saludable leccion, y reconoció que la sangre inocente que en otro tiempo habia sido derramada por orden suya caía en aquel supremo instante sobre su cabeza. Hecha esta confesion presentó denodadamente su cabeza al verdugo, que de un solo golpe la separó del tronco (1).

CAPITULO XVII.

MR. DE MALESHERBES.—EJECUCION DE LUIS XVI.

La monarquía francesa habia dejado de existir. El descendiente de Enrique IV estaba esperando por momentos que los regicidas consumasen el crimen, y la ejecucion de este quedó decretada.

De todos los servidores de Luis XVI solo uno se habia quedado en París. Ese digno anciano, el hombre mas honrado de Francia en concepto de los mismos

(1) Los tiempos en que vivimos y la naturaleza de mis estudios me inspiraron deseos de ver el sitio en que Carlos I fue decapitado. Yo entonces habitaba en el Strand. Despues de haber atravesado no pocos sitios bastante solitarios, y caminando siempre por detrás de las casas y los callejones mas oscuros, llegué al lugar en donde muy impoliticamente se erigió la estatua de Carlos II, indicando con la mano el pavimento que fue regado con la sangre de su padre. Al ver las ventanas tapiadas de Whitehall, de aquella localidad que mas bien puede llamarse patio de los edificios que la rodean, que calle, sentí que mi corazón se comprimía y abrumaba por diversos sentimientos. Me figuré estar viendo un cadalso en el sitio que ahora ocupa la estatua, los guardias ingleses formando una columna cerrada, y la multitud apiñándose á lo lejos. Presentáronse en mi imaginacion todos aquellos rostros, unos agitados por una alegría feroz, otros reprimiendo una sonrisa de ambicion, y la mayor parte dominados por el terror y la piedad. Sin embargo, en aquel momento solo yo y algunos picapedreros que silbaban al compás de sus martillos, ocupábamos aquella localidad tan solitaria y tranquila. ¿Qué se han hecho aquellos hombres célebres, que llenaron la tierra con el estrépito de su nombre y de sus crímenes, y que se atormentaban llenos de ambicion como si hubiesen tenido que vivir eternamente? Así es tambien como dentro de algunos años el extranjero preguntará en Francia por el sitio donde pereció Luis XVI, y apenas podran las generaciones llenas de indiferencia indicárselo. Regresé á mi habitacion lleno de filosofia y de tristeza, y mas convencido que nunca por lo que acababa de ver de la vanidad de la vida; y de la poca, de la ninguna importancia de sus mas ruidosos acontecimientos.

(*) Algunas de estas ideas se reproducen en la narracion de René. Véase ese episodio. (N. ED.)

(**) No sucederá así porque el sitio en que pereció Luis XVI está consagrado á diversiones públicas: el regocijo perpetuará la memoria del dolor, y cuando irán á bailar á los Campos Eliseos, y cuando tiren cohetes en la plaza regada con la sangre del Justo, no podran menos de acordarse del patíbulo del rey mártir. (N. ED.)

revolucionarios, se habia mantenido distante de la corte durante la prosperidad del monarca. Magnífico debió ser el espectáculo que ofreció Mr. de Malesherbes, honrado con sus setenta y dos años de probidad al ir, no al palacio de Versailles, sino á las prisiones del Temple á defender á su soberano, cuando los aduladores y hasta los guardias de su persona le habian abandonado. ¿Con qué vergüenza se atrevian los supuestos republicanos á ver en su barra al amigo de Juan Jacobo? ¿al que durante el largo curso de su vida se habia impuesto el deber de defender al oprimido contra el opresor, y que despues de haber dispensado su proteccion al último individuo del pueblo contra la tiranía, se presentaba á defender la causa de un rey inocente contra los despotas plebeyos del arrabal de San Antonio? ¡Ah! reservado estaba á nuestro siglo el tener que contemplar al venerable magistrado vestido con la túnica encarnada conducido en la fúnebre carreta á la guillotina entre su nieta y su nieto, acompañado de los alaridos de un pueblo ingrato, cuya miseria habia lamentado tantas veces. Perdónese este acto de debilidad: ¡Virtuoso Malesherbes! si es cierto que en alguna parte existe una morada donde los bienhechores de la humanidad reciben la recompensa, vuestros ilustres manes, reunidos con los del autor del *Emilio* (a) gozaran actualmente de aquella mansion de paz. Otros (b) mas afortunados que yo, han mezclado su sangre con la vuestra (2): mi suerte

(a) No quiero desheredar á Rousseau del cielo que en mi juventud creí deber pertenecerle, pero debo decir que el alma de Mr. de Malesherbes en nada se parecia á la del ciudadano de Ginebra. La miserable duda que se me escapa en esa frase, no es mas que una nueva contradiccion en ese conjunto de contradicciones que llamo *Ensayo histórico*. (N. ED.)

(b) Mi hermano. (N. ED.)

(2) No siempre lo que mas se siente es lo que mejor se expresa, y no me ha sido posible hablar del defensor de Luis XVI con toda la dignidad que yo hubiera querido. El parentesco que unia nuestras familias me proporcionaba con frecuencia la dicha de verle. Se me imaginaba que yo adquiria mas fuerzas y mas libertad cuando me hallaba en la presencia de aquel hombre virtuoso, que en medio de la corrupcion de la corte habia sabido conservar en alto grado la integridad del corazón y el valor del patriota. Nunca me olvidaré de la última conferencia que tuve con él. Era una mañana que por casualidad lo encontré solo en casa de su nieta; habíome de Rousseau con una emocion que se reproducia en mi pecho con no menor violencia. Siempre tendré presente al noble anciano dignándose darme consejos y diciendome: «Hago mal de hablaros de esas cosas; mas conveniente seria aconsejaros que moderárais esa fogosidad de alma que tanto daño ha causado á vuestro amigo (J. J.). Yo he sido lo mismo que vos: he abominado la injusticia y he hecho cuanto bien he podido sin contar con la gratitud de los hombres. Sois jóven, y tenéis mucho que ver; pero yo he de vivir poco tiempo.» Omíto todos los detalles que en la expansion de su alma y en la indulgencia de su carácter añadió á esas palabras. De todas sus predicciones una sola se ha realizado: yo no he llegado á ser nada, y él no existe. La angustia que sentí al separarme de él me pareció un presagio de que ya no volveria á verlo.

Mr. de Malesherbes era de alta estatura, aunque por su obesidad no lo parecia tanto.

Lo que en él habia que admirar era la energia con que se expresaba á pesar de su avanzada edad. Quien lo hubiera visto sentado sin hablar, con sus ojos algo hundidos, sus espesas cejas medio blancas, y su aire de bondad, lo hubiera tomado por uno de aquellos venerables personajes pintados por Lesueur. Mas si llegaba á herirse su cuerda sensible, se levantaba rápido como el rayo; sus pupilas se dilataban, y en las ardientes palabras que brotaban de sus labios, y en su ademán expresivo y animado, habria podido creerse que era un jóven en todo el ímpetu de la edad, y solo en su blanca cabeza, y en la confusa articulacion de sus palabras, por falta de dientes, se echaba de ver que era un septuagenario. Este contraste realizaba el encanto de su conversacion, bien así como es grato á la vista contemplar las llamas que salen de entre las nieves y hielos del invierno.

Mr. de Malesherbes llenó la Europa con la celebridad de su nombre; pero el defensor de Luis XVI no fue menos ad-

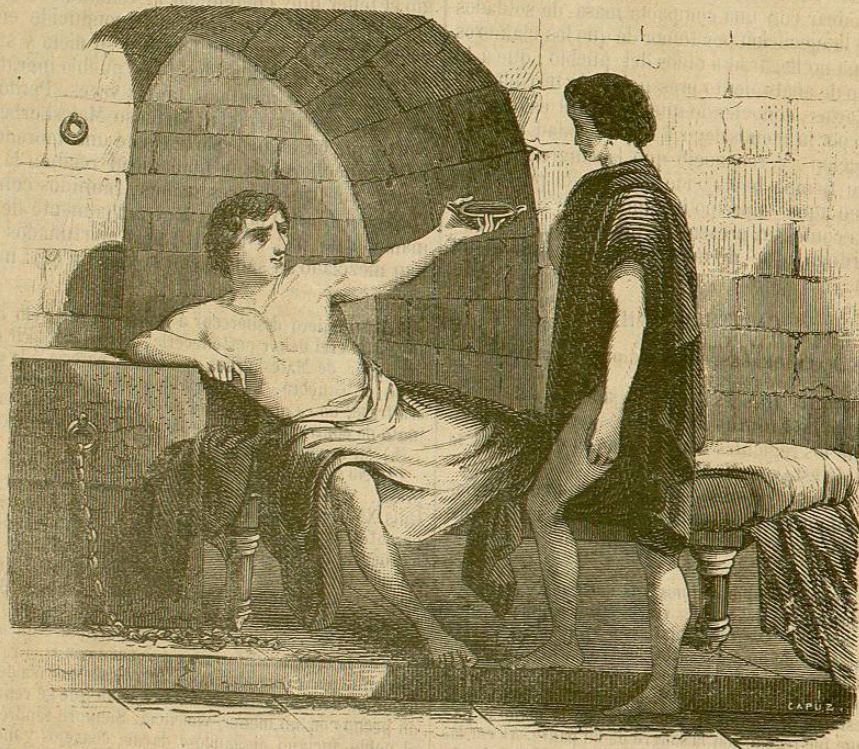
me condenaba á arrastrar en lo sucesivo una vida sin ilusiones, y abrumada de pesares.

¿Mas por qué he de hablar del enjuiciamiento de Luis XVI? ¿Quién ignora sus circunstancias? ¿Quién no sabe que nada bastó á oponerse á un torrente de crímenes y de facciones? Agis, Carlos y Luis perecieron con todo el aparato y parodia de la justicia. Dejemos á Orleans observar á su rey y pariente con el antejo en la mano y pronunciar la palabra *muerte*, llenando de espanto á los mismos malvados. Fíemos en la posteridad cuya voz atronadora muge ya en el porvenir; en la posteridad que como juez incorruptible de las pasadas edades, se prepara

á llevar al suplicio la pálida memoria de los hombres de mi siglo (a).

Llegó por fin para eterno luto de la Francia el fatal día 21 de enero de 1793. Sabiendo el monarca que ya no habia mas remedio que morir, se preparó con toda solemnidad para aquel grande acto de la vida: su conciencia era pura y la religion le abria la puertas del cielo. Mas ¡qué de lazos no tenia que rasgar aun sobre la tierra! Luis habia visto á su esposa, á su hija y á su tierno hijo, humillarse y suplicar por la vida de su rey. Jamás existió un alma desgarrada por tan feroces tormentos.

Llegó la hora. El carro que habia de conducir á la



ESTO ES PARA EL HERMOSO CLÍTIAS.

leal víctima al patíbulo, estaba esperando. Luis

mirable en las demás épocas de su vida que en los últimos momentos en que tan gloriosamente fue coronado. El mundo le debe el *EMILIO*, por la protección que dispuso á los literatos, y es sabido que fue el único cortesano, excepto el mariscal de Luxemburg, á quien J. J. amó sinceramente. Mas de una vez se abrieron por su influencia las puertas de la Bastilla; jamás se doblegó su carácter á los vicios de los poderosos, y salió ileso de destinos en que otros se habian mancillado. Acúsale de haber sido partidario de lo que llaman ideas del día. Si por esta palabra se entiende el odio á los abusos, no puede dudarse que Mr. de Malesherbes fue culpable. Por mi parte confesaré que si no hubiera sido mas que un honrado y leal caballero, dispuesto á sacrificarse por su rey y á apelar á su espada mas bien que á su talento, no habria hecho mas que apreciarlo sinceramente y habria dejado á otro el cuidado de hacer su apología.

Me propongo escribir la vida de Mr. de Malesherbes para lo cual hace ya tiempo que tengo reunidos materiales. Esa obra abrazará lo mas interesante de los reinados de Luis XV y XVI. Presentaré el ilustre magistrado tomando parte en todos los asuntos de la época, apareciendo como patriota en la corte, como naturalista en Malesherbes y como filósofo en Paris: de manera que el lector podrá seguir los actos de

bajó las escaleras de la prision acompañado de su confesor. Al atravesar el patio no pudo abstenerse de dirigir una mirada á las ventanas de su esposa. ¡Oh! ¡qué amargura debió haber en aquella mirada! Sin embargo, no le faltaron fuerzas para subir al fúnebre carruaje que empezó á caminar lentamente hácia su destino en medio de un silencio sepulcral. Al ir repitiendo con su confesor las oraciones de los agonizantes, bien puede decirse que iba apurando á grandes sorbos un infinito cáliz de amargura. Habiendo por fin llegado á la plaza en donde se habia levantado el patíbulo en frente del palacio de Enrique IV, descendió del carruaje y quiso por lo menos protestar acerca de

su vida en el consejo de los reyes y en el retiro del sabio. Se le verá seguir una correspondencia con los ministros sobre materias de Estado, y otra con Rousseau acerca de la botánica. Finalmente lo presentaré mereciendo el disfraz de la corte por su integridad y empeñado en ofrecer al verdugo su cabeza por acompañar á su soberano.

(a) ¿Qué diran los acusadores del Ensayo. ¿Es ese el modo de hablar de un revolucionario?

(N. ED.)

su inocencia: «Aquí no habeis venido á hablar, sino á morir» le gritó uno de los bárbaros que presenciaban la catástrofe. Entonces fue cuando el mundo pudo ver al mejor de los reyes que en ningun tiempo se sentaron en el trono de Francia, atado como el mas vil de los malvados á un ensangrentado madero; con la cabeza violentamente encorvada bajo la media luna

de hierro esperando el golpe que iba á librarlo para siempre de la vida: y como sino hubiera quedado ni un solo francés que fuera adicto á su soberano, un extranjero asistió en los postreros instantes al rey que moria en medio de su pueblo. Dominó un profundo silencio: «Hijo de San Luis, remontaos al cielo» dijo el piadoso sacerdote acercándose al oído del monarca: silbó al



DIÓGENES Y DIONISIO.

caer la horrenda cuchilla, y lo perecedero se hizo inmortal (a).

CAPITULO XVIII.

TRIPLE PARALELO: AGIS, CARLOS Y LUIS.

De manera que los griegos vieron perecer al rey

(a) Podrá decirse que los amantes de las libertades públicas son menos adictos á sus reyes y menos leales á las desgracias de estos.

Se conserva un extraño testimonio del valor de Luis XVI,

de Esparta, Agis; nuestros abuelos presenciaron la

monumento, por decirlo así, tan infernal, como divino fue el testamento de aquel monarca: el cielo y el infierno se pusieron de acuerdo para alabar á la víctima. Este testimonio á que me refiero, es la carta de Sanson, verdugo de Paris. El original de esta carta me fue confiado por mi digno y honorable amigo el señor baron Hyde de Neuville, el hombre de los sacrificios por la monarquía, tan bien tratado por los ministros del rey. Aun se halla en mi poder aquel papel sobre el cual pasó la ensangrentada mano de Sanson, aquella mano que se atrevió á tocar la cabeza de mi rey, y que derribó aquella sagrada cabeza, y la presentó á todo el aterrado pueblo.

catástrofe de Carlos Estuardo, rey de Inglaterra, y nosotros hemos sido testigos del asesinato de Luis de

La carta de Sanson fue dada por el que era propietario de ella al impresor Mr. Tartu, que tuvo la singular hidalguía de no quererla vender á los extranjeros por mas que le ofrecieron por ella. Es un testimonio de remordimientos y de dolor, de gloria y de virtud que pertenece á la Francia, es un documento de familia que debe conservarse en el tesoro del archivo de los Borbones. Pocos dias antes de terminarse la última legislatura, Mr. Aimé Martin, secretario redactor de la cámara de los Diputados, tan conocido por sus talentos como escritor, como por sus ideas realistas habló de la carta de Sanson al señor baron Hyde de Neuville. Este por de pronto se llenó de horror, mas cuando la hubo leído conoció que era el último florón añadido á la corona del rey mártir.

Nadie tenia mas derechos que este baron para ser elegido por la Providencia á fin de que se diera la mayor publicidad á semejante documento. Bien sabidos son los peligros á que estuvo expuesto durante el proceso del rey, y apoyado en el brazo de este leal vasallo se sostuvo Malesherbes al retirarse de la barra de la Convención cuando se presentó en ella á implorar por última vez á los verdugos de Luis XVI. Veinte años de peligros han venido en pos de aquel acto de valor. ¿Dónde estaban entonces los que en la actualidad se ensañan con mi honorable amigo?

Ninguna duda puede ocurrir acerca de la autenticidad de la carta de Sanson: la letra y la firma de aquel hombre son demasiado conocidas, como que ha certificado con su V. B. la mayor parte de las desgracias y crímenes que ocurrieron en Francia. Además, la carta en cuestión fue insertada en un periódico revolucionario de aquella época, llamado *Termómetro del día*, y si mal no me acuerdo, apareció también en el periódico de Peltier en Londres.

Hé aquí el artículo del *Termómetro*, fecha 13 de febrero de 1793, núm. 410, pág. 336. Esta última parte histórica de la carta de Sanson ha sido dada por Mr. Aimé Martin.

El epígrafe del artículo dice: *Anécdota exactísima* acerca de la ejecución de Luis Capeto, y se expresa en estos términos:

«Así que el reo subió al patíbulo, (el que usa de la palabra reo y refiere estos pormenores es Sanson, el que era ejecutor de las altas sentencias criminales), me sorprendió con su serenidad y firmeza; mas así que vió el redoble de los tambores que interrumpieron su arenga, y al ver el movimiento simultáneo que hicieron mis criados para apoderarse de su persona, se alteró visiblemente su fisonomía, y exclamó precipitadamente por tres veces seguidas: *Estoy perdido*. Esta circunstancia unida á otra, referida también por Sanson, á saber, la de haber el reo cenado la noche anterior copiosamente y haber almorzado del mismo modo aquella mañana, nos da á entender que Luis Capeto estuvo hasta el preciso momento de su muerte en la inteligencia de que conseguiría perdón. Los que le sostuvieron en esta creencia se habian sin duda propuesto inspirarle un ademan sereno que admirara á los espectadores y á la posteridad; pero el redoble de los tambores desvaneció el prestigio de aquella supuesta firmeza, y los contemporáneos y la posteridad sabrán como han de juzgar acertados los últimos momentos del tirano sentenciado.»

Habiendo leído el verdugo esta nota (es Mr. Aimé Martin el que habla), creyó deber protestar contra los hechos que en ella se mencionan, y pasó á la redacción del *Termómetro* un comunicado que dió lugar á que en 18 de febrero de 1793 se estampara el siguiente artículo:

«El ciudadano Sanson, ejecutor de sentencias criminales, nos ha escrito reclamando contra un artículo inserto en nuestro número 410, en el cual se le hacian referir las últimas palabras de Luis Capeto. *Declara que cuanto allí se dice es enteramente falso.*»

No somos nosotros los autores de aquel artículo, (nos sigue diciendo el redactor del *Termómetro*), ni hicimos mas que tomarlo de los *Anales Patrióticos* de Carra, que lo anunciaban como cosa muy cierta. Le invitamos á retractarse, así como también invitamos al ciudadano Sanson á que nos dé noticia, como lo promete, de cuanto sepa con exactitud acerca de un suceso que debe ocupar un alto puesto en la historia. Para el filósofo es muy interesante el aprender cómo saben los reyes morir.»

«Esa terrible lección, (vuelve á hablar Mr. Aimé Martin), que los asesinos se atrevían á pedir en nombre de la filosofía, no se hizo esperar mucho tiempo. En medio de la multitud aterrada solo habia un testimonio posible, un testigo irrecusable. La-Providencia consintió que el que habia derra-

Borbon, rey de Francia. No he referido en detalle la ejecución del segundo mas que para demostrar hasta

«mado la sangre de la víctima, escribiera también su historia, y la mano del verdugo trazó esa sangrienta página que á un mismo tiempo inspira horror y veneración.» Aquí termina la narración de Mr. Aimé Martin. El jueves 21 de febrero de 1793 al mes de haber perecido la víctima, publicó el *Termómetro* la carta siguiente, en cuyo original se notan defectos de ortografía, que á pesar del respeto con que el autor las conserva, no puede darse una idea de ellas en la traducción castellana.

CIUDADANO.

«Una momentánea ausencia ha sido causa de que no haya tenido hasta el presente el honor de contestar á la invitación que en vuestro periódico me habeis hecho con motivo de Luis Capeto. Hé aquí pues, con arreglo á mi promesa, la exacta verdad de lo que acaeció en aquel acto. Al bajar del carruaje le dijeron que era preciso que se quitara el vestido, á lo cual opuso alguna dificultad diciendo que podian ejecutarlo tal cual estaba; mas habiéndole replicado que era imposible, él mismo ayudó con sus propias manos á despojarse de la parte de vestido necesaria para la ejecución. También opuso dificultades cuando se le dijo que habia que atarle las manos; pero las presentó espontáneamente así que la persona que lo acompañaba le dijo que era el último sacrificio que se le exigía. Entonces preguntó si los tambores proseguirian redoblando: respondimosle que no lo sabiamos y así era en efecto. Subió al cadalso y se encorvó hácia adelante en ademán de hablar. Pero habiéndole hecho presente que no le era posible hacerlo, se dejó conducir y atar al poste, y allí dió un grito diciendo: Pueblo, muero inocente. En seguida, volviéndose hácia nosotros, nos dijo: Señores, estoy inocente de cuanto se me acusa. Deseo que mi sangre pueda consolidar la felicidad de los franceses. Estas son ciudadanas, sus últimas y verdaderas palabras.»

«La especie de resistencia que ocurrió al pié del cadalso, fue motivada porque no creia necesario quitarse el traje, ni que se le atáran las manos. Así es que propuso cortarse por sus propias manos el cabello.»

«Finalmente, por dar testimonio á la verdad debo decir que sostuvo todas esas pruebas con una serenidad y firmeza que nos llenaron de admiración, y no me cabe duda de que lo que le inspiraba ese aliento eran los principios religiosos de que al parecer nadie podia estar mas penetrado ni convencido.»

«Podeis estar seguro, ciudadano, de que este relato es la verdad pura y en su mayor esplendor.»

«Tengo el honor de ser vuestro

Conciudadano,

Firmado, SANSON.

Paris 20 de febrero de 1793, año 11 de la república francesa.»

General admiración causa la lectura de esta carta tanto por la angélica dulzura de la víctima, como por la sencillez de aquel hombre de sangre que habla de semejante hecho como un artesano cualquiera hablaria de su obra.

Luis XVI manifiesta que podian ejecutarlo tal cual estaba: habiendo oido que era imposible, ayuda con sus propias manos á desnudarse. La misma dificultad ocurre cuando se trató de atar las manos á ese otro Cristo, y presentándolas luego que la persona que le acompañaba (el verdugo no se atreve á nombrar al confesor) le dijo que este era el último sacrificio, Luis XVI declara que muere inocente y desea que su sangre pueda consolidar la felicidad de los franceses. El verdugo es el que oyó esas palabras testamentarias, y las vuelve á repetir á la Francia. *¡Estas son, ciudadano, sus últimas y verdaderas palabras!*

El verdugo refiere la especie de resistencia que ocurrió al pié del cadalso entre él y la víctima: no se trataba mas que de quitarle el vestido al rey, de atarle las manos y de cortarle el cabello. Tal era el pequeño debate, la especie de resistencia suscitada entre Sanson y el hijo de San Luis.

Mas qué diremos de las últimas palabras del verdugo, que tanto se diferencian del resto de la carta que apenas podrian creerse que fuesen suyas, sino confirmáran su autenticidad el tono grosero y la circunstancia de haber sido escrito todo el original con su propia letra. *No cabe duda que lo que le inspiraba ese aliento eran los principios religiosos de que al parecer nadie podia estar mas penetrado ni convencido.*

No parece sino que se está oyendo al centurion encargado de la custodia de Jesús glorificando á Dios en el momento que el Justo espira y diciendo: *¡Certe hic homo justus est!* Esta

qué punto los Jacobinos han llevado el espíritu de imitación en el asesinato del último. Ann diré mas: si Carlos no hubiese sido decapitado en Londres, probablemente no habria Luis sido guillotinado en Paris (a).

Si establecemos una comparación entre estos dos príncipes, la balanza por lo tocante á la inocencia se inclinará indudablemente en favor de Agis y de Luis. Ambos estuvieron llenos de amor hácia su pueblo: ambos sucumbieron al querer atraer sus vasallos al terreno de la libertad y de la virtud, y ni el uno ni el otro comprendieron las costumbres de su siglo. El primero dijo á los corrompidos espartanos: Volved á ser ciudadanos de Licurgo, y los Esparitanos lo sacrificaron. El segundo, puede decirse, que dió á gustar á los Franceses el fruto vedado, y el pueblo contestó: «O todo ó nada.»

Carlos, en una monarquía limitada, invadió los derechos de una nación libre; Luis, en una monarquía absoluta se estuvo despojando continuamente de los suyos en favor del pueblo.

Los tres monarcas siendo buenos, compasivos, morales y religiosos tuvieron todas las virtudes sociales. El primero fue mas filósofo, el segundo mas rey y el tercero mas hombre particular: el destino se valió de los defectos diametralmente opuestos en sus caracteres para hacerlos caer en unos mismos errores y conducirlos á una misma catástrofe: el espíritu sistemático de Agis, la obstinación de Carlos, y la falta de Luis fueron los agentes de su ruina. Siendo los tres moderados y sinceros figuraron como reos de despotismo y duplicidad, contribuyendo á esto la demasiada exaltación de ideas en Agis, la demasiada energía de voluntad en el rey de Inglaterra, y la demasiada facilidad en seguir la opinion ajena en el soberano francés (b).

Por lo tocante á los padecimientos, Luis á primera vista parece haber dejado muy atrás á los otros dos (1). Mas ¿quién nos trasportará á Lacedemonia? ¿De qué manera podremos ver al digno imitador de Licurgo obligado á permanecer oculto en un templo por premio de su virtud, y esperando por momentos la muerte, sin tener mas distracción que meditar al pié de los altares acerca de la ingratitud de los hombres?

espontánea manifestación del verdugo, es acaso uno de los mayores triunfos que la religion ha conseguido.

Si me fuera lícito hacer algunas observaciones ajenas de tan sagrado asunto, haria notar que al ocurrir la muerte de Luis XVI la prensa gozaba de libertad: es cierto que los escritores realistas no se libraban tai vez de la guillotina, mas no por eso desistían de su propósito, y en último resultado hubieran repuesto al rey legítimo en su trono, si Robespierre y en seguida el Directorio no hubiesen recurrido á la censura de los carceleros y de los verdugos. A la libertad de la prensa (21 de enero de 1793) es pues á lo que debemos el testamento de Luis XVI y la carta de Sanson. A pesar de eso aun hay titulados hombres de Estado que piensan como pensaba Robespierre, que no hay gobierno posible sin la censura.

(a) Ann me mantengo en esa misma opinion.

(b) Me parece que esto está escrito con imparcialidad. (N. ED.)

(1) Es preciso tener presente que Agis, Carlos y Luis fueron sentenciados á despecho de las leyes de la mas vulgar justicia y despues de haberse cometido en su enjuiciamiento la mas evidente violación de las formas legales. De manera que aun siendo posible admitir el principio de que el pueblo tiene el derecho de encausar á sus soberanos, con lo cual vendria indudablemente al suelo todo el edificio de la sociedad humana, no por eso podria menos decirse que Agis, Carlos y Luis murieron asesinados. Neron, por muy justa que pueda parecernos su sentencia, no fue condenado, por contumacia. Conrado fue indignamente degollado en Nápoles. Isabel no tenia mas derechos sobre Maria Stuardo que los que Luis de Anjou pudiera tener sobre Conrado. La reina de Francia ni aun mereció ser oída. Estas observaciones son de la mayor importancia, y de alta significación en la historia de los pueblos y de los hombres.

* Eso es muy exacto.

¿Quién nos introducirá cerca del infeliz Carlos abandonado de todo el mundo? ¿Cómo podremos verlo en Carisbrook con la barba desaliñada y la venerable cabeza encanecida por las penas, ayudando por la mañana á encender lumbre al pobre anciano, única persona que le acompañaba, pasando el resto del dia en una completa soledad, y la noche en una angustiosa vigilia, creyendo á cada instante oír las pisadas de los asesinos en los corredores de la prison? (2). Finalmente, ¿quién nos abrirá las puertas del Temple? ¿Quién nos facilitará ver al rey de Francia, casi desnudo, entregado á la continua obsesión de unos bárbaros, y con el corazón abrumado de dolor al contemplar incesantemente las miserias de su esposa y de sus amados hijos? Contemplemos al rey Agis vendido por sus propios amigos, arrastrado por las calles de Esparta al tribunal del crimen; al tierno Carlos en Whitehall teniendo sobre las rodillas á su hijo y dándole el postrer consejo y el último beso, y á Luis en el Temple diciendo el fatal adiós á su familia. Fijemos la atención en el rey de Lacedemonia estrangulado ignominiosamente en el recinto de los criminales comunes y arrastrando en pos de sí á su madre y á su augusta abuela; en el rey de Inglaterra desnudándose sobre el cadalso á la vista de su pueblo, y en el monarca francés al pié de la guillotina con el cabello cortado, la camisa desabrochada y con las manos atadas por detrás.... Pero terminemos este espectáculo tan afflictivo para la humanidad. Monarca ó esclavo, guerrero ó filósofo, rico ó pobre, toda la vida se reduce á sufrir y á morir. Entre los infortunios de un rey y los de un vasallo, no existe otra diferencia para la posteridad que la que aparece en los monumentos sepulcrales: el del primero edificado con mármol subsiste durante algunos años, el del segundo, cubierto simplemente con un poco de yerba, no forma por lo regular mas que un pequeño surco que al cabo desaparece por las pisadas de los transeuntes (c) (3).

(2) Carlos esperaba ser asesinado secretamente.

(c) Esto es filosofar fuera de tiempo. Es verdad que para el hombre que muere, sea rey ó vasallo, la muerte es exactamente la misma; mas para los hombres que viven, la muerte de un monarca poderoso tiene mucha mayor importancia que la de un oscuro ciudadano. La cabeza de Luis XVI al caer se llevó en pos de sí muchos millones de cabezas de hombres, en tanto que la cabeza de mi hermano rodando por el patíbulo, ó la de su primo Armando de Chateaubriand tallada por una bala en la llanura de Grenelle ninguna consecuencia han producido en la nación. (N. ED.)

(3) No tengo afición á escribir historia contemporánea, por el temor de que por mas que uno se afane su ser imparcial, puede sin embargo dejar correr su pluma á impulsos de alguna secreta pasión. Si tengo precisamente que hablar de algun hombre de mi siglo, acostumbro hacerme á mi mismo estas preguntas. ¿Lo he conocido? ¿Me ha hecho algun bien, ó algun mal? ¿No tengo alguna prevención favorable ó perjudicial respecto de él? ¿He oido discutir la cuestión por ambos lados? ¿Cuál es mi pasión favorita? ¿No soy demasiado propenso al entusiasmo, á la compasión, al odio, etc.? ¿A pesar de eso escribo lleno de temor. Confesaré, pues, que fui presentado á Luis XXI que habia concedido favores á mi familia y aun á mi mismo, aunque el objeto de dichos favores nunca llegó á realizarse. Sin embargo, mi carácter era tan antipático á la corte, me inspiraban un alto desprecio ciertos hombres, lo manifestaba yo tan públicamente, y me importaba tan poco lo que llamaban *medrar* que en la corte vine á ser como los confidentes en los dramas, cuyo papel se reduce á entrar, salir, ver y callar. * Así es que S. M. no me habló nunca mas que dos veces en mi vida: la primera cuando tuve el honor de serle presentado, y la segunda en una cacería. Paréceme, pues, que ningun motivo de interés secreto tengo en lo que he dicho relativo á su augusta persona, y creo haber hecho justicia candorosa é imparcialmente á sus virtudes. Por lo relativo á su inocencia diré que está reconocida por los mismos Jacobinos.

Luis era de aventajada estatura: tenia las espaldas anchas. Me he retratado hace treinta años del mismo modo que en el prefacio general de esta edición. Tal vez se comprenderá que en esas confesiones hay ingenuidad. (N. ED.)